



Hasta ahora, solo hemos considerado las recompensas recibidas por los redimidos. Sin embargo, no debemos olvidar que **el plan redentor de Dios se centra, ante todo, en las recompensas para el Redentor, el Hijo de Dios**. Al igual que con los redimidos, las mayores recompensas que recibirá el Hijo de Dios aguardan la era venidera que los profetas y apóstoles llaman el יוֹם־יְהוָה, *el día del SEÑOR*.

Hablamos del día del SEÑOR como *una era* porque los pasajes escatológicos que se refieren a este tiempo describen más eventos ocurridos “en aquel día” de los que cabrían en un período de 24 horas. En estos pasajes, la Escritura usa claramente la palabra *día* en el mismo sentido que nosotros cuando decimos cosas como “el día de la gloria de Roma” o “el día de los reformadores protestantes.” Otras frases bíblicas con este matiz de *era* incluyen “día de batalla” (Pr 21.31), “día de prosperidad” (Ec 7.14), “día de nuestro rey” (Os 7.5) y “día de salvación” (2 Co 2.2). Al igual que con estas frases, la Escritura evidentemente usa la frase *día del SEÑOR* para referirse a un período de tiempo, caracterizado por circunstancias prevalecientes, que dura más que un día solar. También observamos que la Escritura pone tanto énfasis en la venida del día del SEÑOR que hace absurda la

idea de que Jesús, los apóstoles y los profetas solo esperaban un período de 24 horas. De hecho, más de 250 versículos de la Biblia mencionan el día del Señor en los escritos de al menos 25 autores, entre ellos Job, Moisés, David, trece de los profetas escritores, y también Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pedro, Pablo y Judas.¹ Todo lo que la Escritura nos dice sobre la naturaleza del día del SEÑOR y los eventos que ocurren durante ese día, confirma que **“el día del Señor” se refiere a una era.**

Ahora bien, como lo afirma la frecuente frase genitiva *del SEÑOR*, esta era venidera es Su día (cfr. Lc 17.24). Varios pasajes sobre el día del SEÑOR usan la preposición *para*, lo que confirma que el día no es solo Su día, sino un día *para Él*.² **Será un día de satisfacción y deleite para el SEÑOR.**

Tengamos claro quién es el Señor en cuestión. El día del SEÑOR es explícitamente el día de Yahvé, y por lo tanto, el día de Dios (2P 3.12; Ap 16.14). Sin embargo, es el día de Dios, específicamente traído y administrado en la persona de Jesucristo: **ies el día de nuestro Señor Jesucristo** (1Co 1.8; 2Co 2.14; Flp 1.6,10; 2.16)! Una vez que Satanás y sus déspotas humanos hayan tenido su día, el Señor Jesús tendrá el Suyo.

El día del SEÑOR será un día en que el reino del mundo será completamente restaurado a Él (Abd 1.21; Ap 11.15), y solo Él será rey sobre toda la tierra (Zac 14.9). Será un día de venganza sobre sus enemigos y sobre los enemigos de su pueblo (Is 34.8; Jr 51.6; cfr. 2Tes 1.6-10). En aquel día, “ya no se llamará noble al necio, ni al tramposo se le dirá generoso” (Is 32.1-5). En cambio, todos los orgullosos y arrogantes serán humillados, y “el SEÑOR solo será exaltado en aquel día” (Is 2.11-12). Él será glorificado entre su pueblo y maravillado por ellos (2Tes 1.10). En ese día “la tierra se llenará del conocimiento de la gloria del SEÑOR como las aguas cubren el mar” (Hab 2.14), y ya nadie le dirá a otro, “Conoce el SEÑOR,”

¹ Algunos pasajes del AT podrían advertir a sus destinatarios originales de un juicio más inminente, en términos de un “día del Señor.” En estos pasajes, el “día” en cuestión puede interpretarse como un día *precursor* del SEÑOR que prefigura el día escatológico del Señor, mucho mayor.

² Is 2.2; 34.8; Ez 30.3; Zac 14.1.

porque todos lo conocerán “desde el más pequeño de ellos hasta el más grande” (Jr 31.34). Será un día en que las naciones que una vez fueron paganas lo adorarán (p. ej., Is 18.7; 19.19,21). Los gentiles ayudarán al pueblo israelita a regresar a su tierra natal y lo acompañarán en el viaje (Is 66.20).

Habiendo regresado a su tierra, el pueblo de Israel, ya no desobediente ni idólatra, reconstruirá Jerusalén *para el SEÑOR* (Jr 31.38). Ampliarán en muchos kilómetros cuadrados el área santificada de la ciudad para Su templo (Ez 45.1; 48:9-12). Durante ese tiempo, el Señor elegirá a algunos de los repatriados para servir como sacerdotes y levitas (Is 66.20-21), en servicios del templo ya centrados en Jesús como el Cordero de Dios (cfr. Jn 1.29).

Lo más maravilloso de todo es que **el día del SEÑOR será el día de su celebración nupcial** (Is 4.2-6; 25,6; Ap 19,7-9), y **el día en que Él comienza a reinar sobre todos los pueblos del mundo con su novia** (Is 32.1-4). Hablaremos más sobre reinar con Cristo en la narración que sigue a esta digresión, pero como muchos preguntan, “¿Sobre quién reinaremos después del regreso de Cristo?” ofrecemos aquí una tabla de personas y grupos a los que nuestro Señor atenderá en su *parusía* (gloriosa segunda venida):

Persona O Grupo	Como Serán Tratado	Escrituras
1. Redimidos Que Han Fallecido Antes De La Venida De Cristo	Resucitados en la <i>parusía</i> , ven con Cristo para gobernar	1Te 4.13-18; 2Ti 2.11-13; Ap 22.3-5
2. Los Cristianos Que Aún Viven Cuando Cristo Venga	Arrebatados y transformados en la <i>parusía</i> , ven con Cristo para gobernar	1Co 15.51-52; Ap 3.21
3. Las 144.000 Primicias Judías	Llevados al arrepentimiento en la <i>parusía</i>	Zac 12.10-13; Ap 7.1-8; 14.1-5
4. Diáspora Judía	Protegido en el desierto, luego llevado a Jerusalén	Is 66.20-21; Ap 12.6,14

5. Sobrevivientes del Armagedón	Convertidos; adoran al Rey Yahvé/Jesús; algunos enviados a evangelizar	Is 11.10; 18.7; 19.23-25; 29.18-19; 66.18-19; Jr 3.17; Zac 2.11; 14.16-19
6. Gentiles No Evangelizados	Acompañan a los judíos a buscar a Yahveh en Jerusalén	Zac 8.20-23; cf. Jr 16.19; Mi 4.1-3
7. Niños	Entran el reino	Mt 18.3; Mr 10.14-15
8. Falsos Creyentes (Hipócritas)	No entran en el reino, sino que son rechazados por Jesús; recogidos de la mies y arrojados al fuego	Mt 7.21-23; 13.24-30,36-43; 24.48-51; 25.31,41-46
9. Rechazadoras Del Evangelio	Condenados en el juicio final; sufren la ira de Dios	Mt 12.41; cf. Jn 3.36; 12.48; Ro 2.5-9
10. Anticristo y Falso Profeta	Arrojados al lago de fuego	Ap 19.20
11. Seguidores de Anticristo	Matados y atormentados por siempre	Ap 14.9-11; 19.21; cfr. Is 29.20; 2Te 2.8-12
12. Satanás	Atado durante mil años, luego liberado y finalmente arrojado al lago de fuego	Ap 20.2-3,7-10

De este resumen tabulado, vemos (en los recuadros azules) que cinco grupos de personas que se superponen permanecerán en la tierra después del rapto y los juicios de la *parusía* de Cristo. Las personas de estos grupos, judíos y gentiles, adultos y niños, no habrán nacido de nuevo (para ser arrebatados) ni serán falsos creyentes o anti-cristianos (para ser destruidos). Entrarán en la nueva era del día del SEÑOR como mortales, muchos de ellos traumatizados por las convulsiones políticas, sísmicas y cósmicas previas a la *parusía*, pero muchos también con una nueva esperanza al respirar la nueva atmósfera, limpia de toda presencia de espíritus malignos. Estas personas se sentirán profundamente desconcertadas por lo que acaba de suceder en los cielos y en la tierra, y desearán desesperadamente comprender cómo vivir en sus nuevas circunstancias. Necesitarán y acogerán (al menos al principio) el gobierno benévolo del Rey Jesús y sus santos glorificados. **A**

medida que este gobierno se extienda rápidamente y se establezca sobre toda la tierra, el día del SEÑOR se convertirá en la era dorada de nuestro planeta.

Sin embargo, la enseñanza de Jesús, los apóstoles y los profetas sobre el día del SEÑOR, es incomoda a mucha gente, porque una de las muchas designaciones bíblicas para ese día es “el día del juicio.” ¿Quién quiere oír o leer del juicio? Pero, evitar aprender sobre el día del SEÑOR es ignorar la escena culminante de nuestra historia de redención, en la que el Héroe derrota y destruye al archienemigo y rescata a Su verdadero amor. La ignorancia deliberada sobre el día del Señor y sus juicios también es vivir en negación de nuestra propia responsabilidad ante Dios, “porque todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo” (2Co 5.10; cfr. Ro 14.10).

Así pues, aclaremos el asunto de “juicio” en el día del SEÑOR. Las Escrituras hablan de dos tipos de juicio que ocurrirán en aquel día. El primero es el juicio preliminar y militar sobre los enemigos de Dios y de su pueblo. Este juicio ocurrirá en la *parusía*, la gloriosa llegada de Jesús, cuando destruirá a todos los sitiadores anticristianos alrededor de Jerusalén y encarcelará a los espíritus malignos que han infundido poder a los malvados y engañado constantemente a la gente de la tierra (Is 24.21-22). Este es un juicio preliminar, en el sentido de que los malvados que sean asesinados en ese momento (con la excepción del Anticristo y su falso profeta, Ap 19.20) aún no comparecerán ante el tribunal de Dios para su sentencia final. Sólo serán eliminados de la esfera de los vivos. Asimismo, los espíritus malignos — incluido el mismo diablo — aunque estarán apartados de la esfera de la humanidad viviente, no serán condenados a su destino final en el lago de fuego hasta “después de muchos días” (Is 24.21-22).³

El segundo tipo de juicio que ocurrirá en el día del SEÑOR es el juicio final, a menudo llamado “el juicio del gran trono blanco.” El apóstol Juan describió una visión de este juicio en Apocalipsis 20.11-15. Es el juicio del tribunal legal, en el

³ “Muchos días” puede referirse a un período tan corto como un tiempo de duelo (2Sa 14.2), pero en las escrituras proféticas a un período mucho más largo (Ez 38.8; Dn 8.26; Os 3.4)

que “Dios juzgará los secretos de los hombres mediante Cristo Jesús” (Ro 2.16) y “pagará a cada uno conforme a sus obras” (Ro 2.5-6). Los creyentes que han entregado su vida a Cristo antes de su *parusía* no tienen nada que temer de este juicio final, pues no sólo han “pasado de muerte a vida” al creer (Jn 5.24), sino que ya habrán resucitado o trasladado a cuerpos inmortales en la *parusía* para servir como sacerdotes y reinar con Él (Ap 20.4-6). Sin embargo, quienes entren en el día del SEÑOR como mortales, junto con los impíos que murieron antes o durante la *parusía*, verán confirmado sus destinos eternos en este juicio final.

Observemos que el juicio anterior en la *parusía*, si bien es principalmente de carácter militar, también tendrá aspectos judiciales (Ap 20.4). **Tanto el juicio preliminar como el final tendrán aspectos coincidentes, ya que ambos serán juzgados por el mismo Juez. Apropiadamente, servirán como los eventos temporales que delimitaran el día del SEÑOR.** Los juicios del día del SEÑOR merecen nuestra contemplación y estudio más profundo, pero ahora volvamos nuestra atención al período entre esos juicios.

En ese intervalo de tiempo, el SEÑOR será recompensado con el pueblo de Israel dándole gracias y alabanza por cumplir todas sus promesas a ellos (Is 12.1-6). Contrario a algunas teorías escatológicas, Dios *no* se desentendió para siempre del Israel étnico debido a su fracaso nacional en aceptar a Jesús de Nazaret como su Mesías; *no* reemplazó a Israel en su mente y corazón con la iglesia cristiana; y *no* renunció a sus promesas a Israel ni las transfirió espiritualmente de forma total al cuerpo de creyentes cristianos. Es cierto que “a Israel le ha acontecido un endurecimiento parcial” (Ro 11.25), de modo que “algunas de las ramas” del árbol israelita “fueron desgajadas” por su incredulidad (Ro 11.16-18). Sin embargo, en la mente de Dios, el rechazo de Jesús por parte de muchos judíos fue un tropiezo nacional, no una caída permanente (Ro 11.11). En cambio, Dios, en su sabiduría, permitió que Israel tropezara con respecto a Jesús para impulsar la difusión del evangelio a las naciones gentiles (Ro 11.12). La ceguera colectiva de Israel solo durará hasta que Dios considere que “haya entrado la plenitud de los gentiles” (Rom 11.10,25). **Es absurdo pensar**

que Dios reemplazó a Israel con la iglesia cristiana debido a sus pecados. Como escribe Larry Pettegrew, “El fracaso de los judíos fue calculado en el plan de Dios (Rom 11.8).”⁴ *Dios previó el pecado y la incredulidad de Israel* y planeó de antemano el tiempo cuando “apartará la impiedad de Jacob” para que “todo Israel,” es decir, la nación que exista en el momento de la *parusía*, “será salvo” cuando el Redentor regrese a Sión (Is 59.20; Rom 11.26-27; cfr. LXX con BH).⁵ Además, Dios restaurará así a Israel, no por Israel, sino por la vindicación de Su santo nombre (Ez 36.22-28). Como escribió enfáticamente el apóstol Pablo, “¿Acaso ha desechado Dios a Su pueblo? ¡De ningún modo! ... **Dios no ha desechado a su pueblo, al cual conoció con anterioridad.**”⁶

Ahora, con respecto a las promesas, todas las nuevas promesas hechas por Jesús (véase la tabla anterior en la narrativa principal) son, por supuesto, para la iglesia, tanto para los judíos creyentes como para los gentiles creyentes (2P 1.4). Además, la iglesia se beneficia actualmente de todas las promesas de Dios que se han cumplido en Cristo Jesús (2Co 2.20). Sin embargo, en cuanto a las muchas promesas hechas a la gente de Israel *como israelitas*, a ellos les “pertenece ... [estas] promesas,” *en tiempo presente* (Ro 9.3-5). De estas muchas promesas a Israel, las que aún no se han cumplido se cumplirán en el día del SEÑOR.

Muchas de estas promesas se relacionan con **el arrepentimiento nacional y la restauración espiritual de Israel**, cuando el Señor “quitará la iniquidad de [su] tierra en un solo día” (Zac 3.9). Dios declaró por medio del profeta Oseas que en el futuro, después de que “los hijos de Israel” hayan quedado “muchos días ... sin rey y sin príncipe, ... volverán y buscarán al Señor su Dios y a David su rey; y acudirán temblorosos al Señor y a su bondad” (Os 3.4-5). Por medio de Ezequiel, Dios prometió que Él pondría “un espíritu nuevo” dentro de la

⁴ *Forsaking Israel: How It Happened and Why It Matters*, p. 171.

⁵ La afirmación de Pablo de que “es judío el que lo es interiormente” (Ro 2.28-29) no significa en absoluto que la iglesia (predominantemente gentil) circuncidada interiormente sea ahora el verdadero Israel. En contexto, las palabras de Pablo se dirigían a los judíos que confiaban en su circuncisión exterior, y significan que solo *los judíos* circuncidados interiormente son verdaderos judíos.

⁶ Ro 11.1-2, énfasis añadido.

dispersión reunida de Israel y quitaría “de su carne el corazón de piedra y les [daría] un corazón de carne, para que anden en [Sus] estatutos, guardar [Sus] ordenanzas y los cumplan,” con el resultado de que al fin verdaderamente “serán [Su] pueblo,” y [Él será] su Dios” (Ez 11.17-20; 36.23-28). Esta restauración nacional comenzará cuando el Señor derrame sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén “el Espíritu de gracia y de súplica,” en el momento en que mirarán a Aquel “a quien han traspasado, y se lamentarán por Él como quien se lamenta por un hijo único, y llorarán por Él, como se llora por un primogénito” (Zac 12.10; cfr. Ez 39.29). Todo esto ocurrirá en el día del SEÑOR, cuando se abrirá una fuente para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para el pecado y la impureza, y cuando el Señor eliminará los ídolos de la tierra con tal firmeza que nunca más serán recordados (Zac 13.1-2). Esta restauración espiritual se extenderá no solo a la eliminación de los falsos profetas, sino incluso a la eliminación del espíritu inmundo de la tierra (Zac 13.2). En ese día, el Señor consolará a los que lloran en Sión, dándoles un manto de alabanza, y serán llamados robles de justicia, plantío del Señor, para su gloria (Is 61.3). Además, Dios no solo derramará su Espíritu sobre la nación israelita para arrepentimiento, sino también para un ministerio profético. El Señor ha prometido a quienes se aparten de la transgresión en Jacob el siguiente “pacto”:

“Mi Espíritu que está sobre ti, y mis palabras que he puesto en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tu descendencia, ni de la boca de la descendencia de tu descendencia — dice el SEÑOR — desde ahora y para siempre.”⁷

Las promesas de la restauración espiritual de Israel se superponen con la promesa de Dios de poner un nuevo santuario en su tierra, un templo en el cual Él habitará en medio de ellos para siempre (Ez 37.24-28). La idea de un templo futuro, junto con la restauración de los servicios del templo (Jr 33.16-17), no debería inquietar a la mente cristiana, porque:

⁷ Is 59.20-21.

1. Al igual que con el primer tabernáculo, Dios mismo reveló el diseño del futuro templo y le dio a Ezequiel una visión de la gloria de Dios regresando del este para llenar su santa casa (Ez 43.1-7).
2. Dios ordenó todos los rituales del templo, haciéndolos inherentemente “santos, justos y buenos” (cfr. Ro 7.12).
3. Los rituales del templo del pasado nunca salvaron a quienes los practicaban, y los sacrificios nunca quitaron el pecado, ni tuvieron la intención de hacerlo en sí mismos, “porque es imposible que la sangre de toros y machos cabríos quite los pecados” (Heb 10.4). Cuando los pasajes del Antiguo Testamento describen la ofrenda de una tarifa monetaria (Éx 30.15-16), el sacrificio de un animal (Le 14.21), la aspersion de su sangre (Le 16.15-17), o la unción con aceite, como con el propósito de “hacer expiación” (heb., *cubrir o expiar*), **la expiación en mente nunca fue algo logrado por el acto religioso externo**. El acto religioso siempre fue figurativo y tipológico, señalando al oferente la obra purificadora del único Cordero de Dios. Las ofrendas y sacrificios del Antiguo Testamento para hacer expiación solo eran eficaces si el oferente se aferraba por fe al Cordero que Dios mismo proveería para el holocausto (cfr. Gn 22.8). Este principio no cambia con los sacrificios para hacer expiación que ocurrirán en el templo escatológico de la visión de Ezequiel (Ez 45.15,17). Los sacrificios ofrecidos en el culto del templo después del regreso de Cristo serán figurativos, al igual que los sacrificios del Antiguo Testamento, solo que en lugar de una visión tipológica hacia el futuro, serán conmemorativos, retrospectivos (como la Santa Cena) de la verdadera expiación realizada por el Cordero de Dios en la cruz.
4. Los templos del pasado, sus rituales y sacrificios, no solo representaban las realidades futuras, sino que también eran didácticos, instruyendo a la gente de su tiempo sobre las realidades presentes del pecado, la justicia y el juicio (cfr. Jn 16.7-11). El templo del futuro y sus servicios también tendrán un propósito didáctico para los sobrevivientes de los juicios de la *parusía*.

5. Las sombras anticipatorias de los templos pasados habrán dado paso a la sustancia, de modo que el arca del pacto no será rehecha ni recordada, gracias a la presencia física y revelada del SEÑOR, mientras Él se sienta entronizado en el templo para que todo el pueblo lo vea (Jr 3.16-17; Ez 43.7).
6. Al igual que los templos anteriores, el templo futuro no solo servirá como centro religioso, sino también como centro político del gobierno teocrático restaurado.⁸
7. El futuro templo, modelado según el Edén como sus predecesores (Ez 41.18-20), servirá como símbolo de la comunión edénica y como una promesa de que esa comunión se volverá global y absoluta en los nuevos cielos y la nueva tierra.

Así pues, la realización del templo de Ezequiel (Eze 40-48) tras el regreso de Cristo no “será un hedor para Dios,” como afirma Sam Storms. Tampoco será “una expresión flagrante de la peor *regresión redentora* imaginable,” ni “equivaldrá a negar que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros,” ni “constituirá un repudio de la Iglesia como templo de Dios...”⁹ Los sacrificios de ese futuro templo tampoco comprometerán en modo alguno “la realidad y eficacia perpetuas” del “único sacrificio por los pecados” de Cristo, como teme John L. Mackay.¹⁰ Lo único que causa repudio a Dios en relación con sus templos es una cultura de religiosidad externa sin un amor auténtico por Dios y el hombre, especialmente cuando se convierte en una cultura apóstata como las que precipitaron la destrucción del primer templo en el 586 AC y del segundo en el 70 DC. Sin embargo, tal hipocresía y apostasía no surgen de los templos de Dios ni de sus servicios, sino del corazón humano endurecido contra la enseñanza del templo. Nuestro Señor Jesús y sus seguidores amaron la casa de Su Padre en Jerusalén (Lc 2.49; Jn 2.16). Jesús asistió a los servicios del templo durante toda su vida y nunca

⁸ Is 32.1-5; Ez 44.3; 45.7-8,16-17,22; 46.2,4,8-12,16-18; 48.21-22; Mi 4.7-8; Zac 14.9; cfr. Hch 1.6.

⁹ *Kingdom Come: The Amillennial Alternative*, pp. 20-21, énfasis de Storms.

¹⁰ *Ezekiel: A Mentor Commentary*, Vol. 1 & 2, Vol. 2, pp. 355-356.

lo menospreció como una negación de que se hizo carne y habitó entre nosotros. Tras la resurrección de Jesús, sus apóstoles, que frecuentaban el templo y ministraban allí, no lo criticaron como una peste para Dios o como “un repudio de la Iglesia como templo de Dios.” Por el contrario, Jesús y sus seguidores entendieron que el templo de su tiempo cumplía propósitos sagrados, incluida la intención de Dios de que proporcionara un lugar internacional para la oración (Mi 11.17; Hch 22.17). Jesús solo reprendió el abuso de los propósitos divinos del templo. Por lo tanto, no nos resistamos a la idea de un futuro templo en Jerusalén, sino entendamos que, así como había tres templos en el tiempo de Jesús, Su cuerpo físico (Jn 2.19-22), Su cuerpo espiritual (Ef 2.19-22), y el santuario de Jerusalén (Hch 5.42), así también en el día del SEÑOR habrá tres templos, cada uno sirviendo sus propios propósitos santos en el plan redentor de Dios.

Las promesas del Señor respecto al futuro templo se entrelazan con sus numerosas promesas de restaurar y revitalizar la tierra y las ciudades de Israel. La invasión de Armagedón a Israel y el asedio de Jerusalén diezmarán tanto la población como la viabilidad agrícola de la tierra, dejando solo espigas de ambas (Is 17.4-7; Ez 7.15-16; Jl 2.1-3). Sin embargo, como se describe en la narración principal anterior, en la sección sobre la Cena de las Bodas, en un gran cambio de los juicios agrícolas y la destrucción de ciudades que habían azotado a Israel en su reciente tribulación,

Ciertamente el SEÑOR consolará a Sión,
consolará todos sus lugares desolados;
convertirá su desierto en Edén,
y su yermo en huerto del SEÑOR;
gozo y alegría se encontrarán en ella,
acciones de gracias y voces de alabanza.¹¹

Y sucederá que en aquel día
los montes destilarán vino dulce,
las colinas manarán leche,
y por todos los arroyos de Judá correrán las aguas;

¹¹ Is 51.3; cfr. Jr 31.5.

brotará un manantial de la casa del SEÑOR
y regará el valle ...¹²

Así dice el Señor Dios:

“En el día que yo os limpie de todas vuestras iniquidades,
haré que las ciudades sean habitadas y las ruinas reedificadas.

“La tierra desolada será cultivada
en vez de ser desolación a la vista de todo el que pasa.

“Y dirán: Esta tierra desolada se ha hecho como el huerto del Edén;
y las ciudades desiertas, desoladas y arruinadas
están fortificadas y habitadas.

“Y las naciones que quedan a vuestro alrededor sabrán que yo,
el SEÑOR, he reedificado los lugares en ruinas
y plantado lo que estaba desolado;
yo, el SEÑOR, he hablado y lo haré.”¹³

En aquel día, con la guerra abolida, los israelitas “Cada uno se sentará bajo su parra
y bajo su higuera, y no habrá quien los atemorice” (Mi 4.3-4; Zac 3.10).

En el día del SEÑOR, las oraciones de todos aquellos que han orado por la
paz de Jerusalén finalmente serán respondidas (Sal 122.6-9). Quienes no hayan
callado “por amor de Sión ... y por amor de Jerusalén” verán “su justicia como
resplandor, y su salvación como [encendida] como antorcha.” Las naciones verán
su justicia y gloria, y será “corona de hermosura en la mano del SEÑOR, y diadema
real en la palma de Dios.” Jerusalén ya no será llamada “Abandonada,” sino “Mi
deleite está en ella,” porque el SEÑOR se deleitará en ella como se “regocia el novio
por la novia” (Is 62.1-5). En aquel día, el Señor “se gozará en [Jerusalén] con
alegría” y “se regocijará por [ella] con cantos de júbilo (Sof 3.16-17). Él se
regocijará por Jerusalén, “y no se oirá más en ella voz de lloro ni voz de clamor” (Is
65.19). El Señor extenderá la paz hacia Jerusalén “como un río,” y hará que “la
gloria de las naciones” fluya hacia ella “como torrente desbordado” (Is 66.12). Así
serán recompensados los centinelas espirituales que nunca callan y no le dan
descanso a Dios “hasta que la restablezca, hasta que haga de Jerusalén una

¹² Jl 3.18.

¹³ Ez 36.33-36.

alabanza en la tierra” (Is 62.6-7). Esta es la promesa que el Señor ha proclamado hasta los confines de la tierra ... a Jerusalén, hija de Sión: “He aquí, tu salvación viene ... Y a ti te llamarán: Buscada, ciudad no abandonada” (Is 62.11-12). Y “el SEÑOR de nuevo escogerá a Jerusalén” (Zac 1.17).

En aquel día, cuando el SEÑOR cumpla todas estas promesas, Él será recompensado al escuchar a judíos y gentiles cantar las palabras de Isaías,

Oh SEÑOR, tú eres mi Dios;
te ensalzaré, daré alabanzas a tu nombre;
porque has hecho maravillas,
designios *concebidos* desde tiempos antiguos
con toda fidelidad.¹⁴

Ya que el día del SEÑOR es *para Él*, ¿Por cuánto tiempo durará?
Apropiadamente, aspectos del día del SEÑOR durarán para siempre, particularmente su supremacía sobre toda la creación y su reinado con su pueblo. Como profetizó Isaías, “El aumento de su soberanía y de la paz no tendrán fin” (Is 9.7), y como afirmó el apóstol Juan, Dios, el Cordero y sus siervos “reinarán por los siglos de los siglos” (Ap 22.5). Además, toda la esencia de la gloria de la Jerusalén terrenal sobrevivirá en mayor medida en la santa ciudad celestial, la Nueva Jerusalén, descrita en Apocalipsis 21. Sin embargo, dado que el Antiguo y el Nuevo Testamento afirman que el cielo y la tierra actuales serán reemplazados por “cielos nuevos y una tierra nueva” (Is 65.17; 66.22; 2P 3.13), los aspectos del día del SEÑOR relacionados con la geografía y la disposición de las ciudades y naciones del mundo actual finalmente llegarán a su fin.

Entonces, tal vez debemos preguntar: *¿Por cuánto tiempo durará el día del SEÑOR en esta tierra?* Ya hemos observado que el día terrenal del SEÑOR está delimitado temporalmente por el juicio sobre el Anticristo y las naciones al inicio, y por el juicio final de toda la humanidad y los ángeles malvados al final. Además, hemos observado que entre el principio y el fin del día del SEÑOR, es decir, entre sus dos juicios delimitadores,

¹⁴ Is 25.1, **negritas** añadidas.

1. el ejército demoníaco de los cielos, retirado en la *parusía* de la esfera de la humanidad viviente, será encarcelado durante “muchos días” para esperar el castigo (Is 24.21-22),
2. El Señor establecerá su gobierno sobre toda la tierra; una vez que Dios instale a su Hijo como Rey en el Monte Sión, Jesús heredará las naciones y las poseerá y gobernará hasta “los confines de la tierra,” con sus siervos vencedores (Sal 2; Ap 2.26-27),
3. la tierra será llena del conocimiento de la gloria del SEÑOR,
4. el templo ideal de Ezequiel 40-48 se establecerá en Jerusalén,
5. y la tierra y las ciudades de Israel (particularmente Jerusalén) serán rejuvenecidas como un Edén restaurado.

Esperamos que estos eventos tomen tiempo. Otros detalles en las Escrituras, que se refieren explícitamente al día del SEÑOR o que evidentemente ocurren entre sus extremos temporales, implican una era extensa. Por ejemplo,

6. El territorio de Edom quedará desolado y arderá con brea humeante “de generación en generación” (Is 34.5.17);
7. Agua fluirá desde el umbral del templo y formará un río que irá hacia el este, hacia el Arabá, y girará hacia el sur para desembocar en el Mar Muerto, volviendo sus aguas dulces, de modo que el río y el mar estarán repletos de peces, y los árboles frutales en las orillas del río darán una cosecha cada mes y producirán hojas buenas para la curación (Ez 47.1-12);
8. Se establecerá una carretera desde Asiria hasta Egipto, evidentemente a través de Israel, para que Egipto, Asiria e Israel puedan viajar de un país a otro y adorar al SEÑOR juntos (Is 19.23-25);
9. “Se unirán muchas naciones al SEÑOR aquel día” (Zac 2.11; cf. Is 60.3). Las naciones que habían sido enemigas de Israel “subirán de año en año para adorar al Rey, SEÑOR de los ejércitos, y para celebrar la fiesta de los Tabernáculos” (Zac 14.16-19).

10. La gente vivirá mucho tiempo, como “los días de un árbol,” de modo que una persona que muera a los cien años será considerada como maldita, o al menos como que murió joven (Is 65.20,22);
11. Pasará suficiente tiempo para que la gente ya no se acuerde del arca del pacto (Jr 3.16);
12. Joel profetizó que una horda, como la que invadirá Israel al inicio del día del SEÑOR, no volverá a aparecer “por años de muchas generaciones” (Jl 2.1-2). La profecía de Joel, junto con la descripción de Ezequiel de la horda de Gog y Magog invadiendo “al fin de los años” una “tierra recuperada de la espada, cuyos habitantes han sido recogidos de muchas naciones” y “habitan seguros” (Eze 38.8; cf. Ap 20.7-10), implica que invasiones masivas de Israel, separadas por “muchas generaciones,” también marcarán el inicio y fin del día del Señor.

Con todo esto, vemos que, *como mínimo*, el día del SEÑOR durará cientos de años y muchas generaciones. Sin embargo, podemos ser más precisos. Observamos que, en paralelo con la profecía de Isaías sobre el ejército demoníaco celestial encarcelado “en el pozo (בֹּר)” para esperar su castigo final después de “muchos días” (Is 24:21-22), el Apocalipsis afirma enfáticamente tres veces que Satanás estará atado en el abismo durante “mil años” antes de ser liberado brevemente y luego recibir su castigo final (Ap 20.2-3,7-10). El Apocalipsis también identifica dos veces “los mil años” del encarcelamiento de Satanás como el período durante el cual los santos glorificados reinarán con Cristo (Ap 20.4,6).¹⁵

¹⁵ Los comentaristas amileniales han sugerido que el número “mil” en Ap 20 es simbólico, “especialmente porque aparece en un pasaje apocalíptico.” Sin embargo, como explicamos en el Apéndice 7, solo hay una instancia en toda la Biblia en el que un número se usa explícitamente de forma simbólica. Por lo demás, los números en las Escrituras, incluso en pasajes apocalípticos, deben interpretarse literalmente, salvo en casos de hipérbole. Esto no niega el hecho de que los números literales en la Biblia suelen ser alusivos o connotativos, pero cuando un número alude a algo de un pasaje anterior, o connota una idea, cosa o acontecimiento bíblico, su propósito fundamental de cuantificación no cambia; sigue especificando una cantidad que debe tomarse al pie de la letra.

Ahora bien, hemos observado repetidamente que el día del SEÑOR está delimitado temporalmente por dos juicios: uno principalmente militar al inicio y otro principalmente judicial al final. Al investigar la duración del día del Señor, también hemos descubierto que Apocalipsis 20 proporciona el maravilloso detalle de que Cristo y sus santos reinarán juntos durante mil años. Sin embargo, ese capítulo también revela que no solo dos juicios marcan el comienzo y el final del día del Señor, sino también los dos asedios de Jerusalén que los precedieron (cf. Zac 12-14; Ap 20.7-9). Más importante aún, comprendemos que **las resurrecciones también marcan el comienzo y el fin del día del Señor.**

Apocalipsis 20.5 nos dice que la “primera resurrección” ocurre al inicio del período de mil años, y que “los demás muertos no volvieron a la vida hasta que se cumplan los mil años.” Esto implica que la resurrección de “los demás muertos” es la *segunda* resurrección. Juan describió esta segunda resurrección como (a) tras el asedio final de Jerusalén por Satanás y las fuerzas de “Gog y Magog”, y (b) como un aspecto integral del juicio final (Ap 20.11-15). El juicio final no es para quienes ya han resucitado o han sido transformado en la *parusía*, sino específicamente para quienes están muertos en ese momento (Ap 20.12). Leemos que “la muerte y el Hades” entregan a todos sus muertos para este evento (Ap 20.13). Estos “muertos” incluyen implícitamente a todos los malvados que murieron antes de o durante la *parusía* de Jesús, pero también a todos los que habrán muerto durante los mil años, tanto malvados como justos. El relato de Juan enfatiza el destino de aquellos cuyos nombres no se encontrarán en el libro de la vida (Ap 20.14-15), pero podemos asumir que todos los justos que vivieron como mortales durante los mil años, cuyos nombres *sí se encontrarán* en el libro de la vida, recibirán cuerpos glorificados, al igual que los justos de las épocas anteriores los recibieron en la *parusía*. Juan no menciona qué sucederá con quienes aún vivan al final de los mil años, pero nuevamente podemos asumir que habrá eventos paralelos a los que ocurrieron en la *parusía*: los malvados que estén vivos al final de los mil años serán destruidos en el juicio de fuego sobre los invasores de Gog y Magog, los justos que

estén vivos en ese momento serán transformados “en un abrir y cerrar de ojos” (cfr. 1Co 15.51-52), y “los muertos en Cristo” resucitarán (cf. 1Tes 4.16).

Toda la historia ha conducido a este momento. Al principio de los tiempos, Dios insinuó su propósito primordial en la creación al enfatizar la búsqueda de una ayuda idónea¹⁶ para Adán (Gn 2.18). A través de la revelación progresiva de las Escrituras, comprendemos que Dios ha estado construyendo¹⁷ una novia idónea para Su Hijo. Pero, dada la imposibilidad lógica de que nuestro Padre celestial construya una diosa para su Hijo, quien se convertiría en Dios-mujer al asumir la humanidad en una encarnación como lo Suyo, ¿qué clase de esposa podría ser “idónea” para nuestro Señor Jesús?

Hemos llegado a comprender que una novia idónea para el esposo humano-divino, Jesucristo, tendría que ser, en **primer lugar**, una entidad igualmente humana-divina, es decir, una entidad humana, habitada de alguna manera por la presencia de Dios. Dios logró esto, no al convertir a los humanos en dioses, sino mediante el don de su Espíritu Santo para morar y obrar en hombres y mujeres nacidos de nuevo. En **segundo lugar**, una novia idónea para Jesús tendría que conformarse a su carácter, y Dios siempre ha estado obrando todas las cosas juntas para cumplir este propósito, haciendo uso particular de “sus preciosas y magníficas promesas” (Ro 8.28-29; 2Pe 1.2-8).¹⁸ Además, no debemos olvidar que la conformidad con el carácter de Cristo no solo incluye asemejarse a él en su carácter moral, sino también en su carácter innatamente corporativo. En el misterio de la Trinidad, Jesús nunca existió ni actuó sin referencia a su íntima relación con los demás miembros de la Deidad. Asimismo, la novia de Cristo debe ser una entidad corporativa pero unida (cfr. Jn 17.21), con todos los miembros juntos, como el

¹⁶ BH, **בְּנִי**; LXX κατ’ αὐτόν.

¹⁷ En Ge 2.22, BH **בְּנִי**; LXX ὡκοδόμησε; cfr. οἰκοδομήσω in Mt 16.18.

¹⁸ En Ro 8.28-29, Pablo enfatiza que Dios está haciendo posible que Cristo tome la posición de heredero y líder espiritual “entre muchos hermanos,” es decir, entre una familia numerosa que comparte su carácter. Sin embargo, el hecho de que Dios conforme al pueblo a “la imagen de su Hijo” también sirve para preparar a “los que aman a Dios” para constituir la novia de Cristo.

cuerpo espiritual de Cristo, constituyendo un templo del Espíritu Santo, como también el cuerpo físico de Cristo constituye tal templo (cfr. Jn 2.19-21; 1Co 3.16). En **tercer lugar**, una novia idónea para el Hijo de Dios tendría que compartir su gloriosa inmortalidad. Por eso mencionamos el tema de la resurrección al final de los “mil años” y al final de esta digresión sobre el día del Señor; **es la resurrección de los santos a la inmortalidad lo que finalmente hace que el cuerpo espiritual de Cristo sea completamente idóneo como su novia** (cfr. Ro 6.5; 1Jn 3.2). Las “bodas del Cordero” llegan en el momento de la *parusía*, con su rapto y resurrección contemporáneos, *y no antes*, porque hasta entonces los santos — incluso aquellos ya liberados del pecado en el cielo, y ya adorando perfectamente a Dios en espíritu, verdad y unidad — no participan todavía de la inmortalidad glorificada de Cristo.

El lector podría estar pensando: “Claro, las bodas del Cordero ocurren en su *parusía*, pero ¿qué pasa entonces con los justos que se convirtieron durante el día del SEÑOR, quienes aparentemente no resucitarán hasta el fin de los mil años?” ¡Ajá! Será en el momento de esa segunda resurrección cuando todos los elegidos, el único pueblo de Dios, finalmente se integrarán en la única novia perfectamente santificada, unida y glorificada, una novia aún compuesta por innumerables individuos únicos, pero ahora individuos libres de toda distinción étnica y de estado de ser.¹⁹ La celebración nupcial puede finalmente concluir, y el Novio celestial puede guiar a su novia — una novia ahora perfectamente idónea para el Hijo de Dios en todos aspectos — hacia una eterna aventura juntos en un cielo nuevo y una tierra nueva.

¹⁹ Ya serán acabadas las distinciones entre naturalezas carnales y espirituales, cuerpos vivos y muertos, y entre personas muertas y glorificadas.

Noticia

© 2025 por Rodrigo A. Graciano, Carlos Samuel Martínez y Timothy Ministries. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de este documento con fines comerciales, a menos que se obtenga la autorización expresa de Timothy Ministries para dicho uso (consulte a rodrigo@tmin.org). Timothy Ministries CONCEDE PERMISO para citar y reproducir este documento con fines no comerciales, siempre que se incluya la siguiente nota junto con el material citado: “©2025 Timothy Ministries, www.tmin.org, usado con autorización.”

A menos que se indique lo contrario, citas bíblicas son de la *Santa Biblia: La Biblia de Las Américas: Con Referencias Y Notas*, © Casa Editorial para La Fundación Bíblica Lockman, 1998.